

ráneas. En conjunto, la obra constituye una aportación para conocer las formas del deseo y acercarse de un modo nuevo a las cuestiones de la moral sexual.

Juan de Dios Larrú

---

EVDOKIMOV, P., *Orthodoxy*, Prefacio de Olivier Clement (New City Press, Nueva York 2011). 375 pp. ISBN: 978-1-56548-369-9

Paul Evdokimov (1901-1970) es uno de los pensadores de la ortodoxia cristiana rusa más notables del siglo pasado. Nacido en San Petersburgo, tuvo que emigrar a Francia a raíz de la revolución bolchevique. Estudió con el gran maestro Sergei Bulgakov en uno de los baluartes de la ortodoxia rusa, Saint Serge en París, y escribió una tesis doctoral sobre la teología en la obra de Fiódor Dostoyevski. Durante la segunda guerra mundial trabajó para la resistencia francesa. Fue uno de los observadores invitados a la tercera sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II. Su libro, "Las edades de la vida espiritual", se suele considerar la obra maestra de Evdokimov, y su ensayo sobre la teología de la belleza, "El arte del icono" no es menos magistral. Su filosofía centrada en el valor de la persona humana le llevó a escribir con perspicacia sobre la locura de la *kénosis* del Verbo, o sobre el *fiat* de María de Nazaret, así como del misterio encerrado en la mujer. Evdokimov estaba casado y la pareja tuvo dos hijos. Otro de sus libros, "El sacramento del amor", muestra el interés natural de un pensador cristiano casado por una teología del matrimonio; la íntima conexión que hace del amor humano con la espiritualidad y experiencia monástica se entiende a la luz de la vida contemplativa que la ortodoxia oriental espera de todos los cristianos, casados o célibes, en el mundo o en el monasterio.

Su gran obra "Ortodoxia" data de 1965 (edición francesa) y aparece ahora reeditada en inglés en una adaptación de la edición de 1979. El tomo es una magnífica *summa* de la teología ortodoxa, y al mismo tiempo, un libro que cualquier cristiano puede leer con provecho. Al escribir como ruso ortodoxo Evdokimov no olvida ni el mundo moderno ni la tradición cristiana occidental de modo que las diferencias entre una y otra lectura de la fe son evidentes. En algunos lugares no escatima una oportuna comparación crítica, pero lo hace con equilibrio. Explorar una manera distinta, aunque sólo sea en énfasis y actitud, de pensar y vivir la misma fe del único evangelio cristiano es acaso, en el mundo de hoy, una necesidad afirmada por el gran Concilio. El decreto sobre el ecumenismo, *Unitatis redintegratio*, hablaba de un conocimiento recíproco entre todos los cristianos, el deber ecuménico de "preocuparse de los hermanos separados, orando por ellos, tratando con ellos de las cosas de la Iglesia y adelantándose a su encuentro" (n. 4). Los padres del Concilio alabaron la tradi-

ción oriental recomendando “encarecidamente que los católicos acudan con mayor frecuencia a estas riquezas espirituales de los Padres del Oriente” (n. 15).

A pesar de la elocuencia conciliar, quince años después, en su introducción a la edición francesa de 1979, Olivier Clément se vio obligado a observar que la ortodoxia oriental seguía siendo ignorada o mal comprendida en la cultura religiosa occidental. Una pena si se considera que la cristiandad oriental centra la fuerza del misterio cristiano en una *ascesis* y *metanoia* hacia la deificación (*theosis*) de la persona humana y de la humanidad. Recuperar el enfoque humanista o personal sobre una fundación trinitaria sigue siendo la tarea urgente de la Iglesia occidental, tanto católica como protestante y evangélica. Transfiguración y resurrección han sido conceptos o realidades claves en la actitud de los cristianos orientales y la contemplación de la gloria del Señor es de su misma esencia. Evdokimov apuntaba a otra característica importante. En la tradición latina, el sacerdocio expresa la dimensión apostólica al extremo; en las iglesias orientales, sin embargo, el sacerdocio nunca ha sido parte esencial de la vida monástica. Y el ascetismo de los monjes, o de los demás cristianos, tiene que ver sobre todo con el arte de la resurrección, pues la fuerza de evento pascual empieza ya en esta vida. La introducción acaba con un ensayo breve titulado “Pro domo sua”. Es una defensa ferviente de la actitud que impregna la Iglesia ortodoxa. Evdokimov acepta la crítica que, por ejemplo, un fiel católico, puede hacer: “Es del todo verdadero que la Ortodoxia parece desorganizada, aún anárquica en ocasiones; su disciplina a menudo floja” (p. 50). Lo que el católico podría ver como anarquía, para los cristianos ortodoxos es esencial: “Afirmamos y afirmaremos hasta la muerte el mensaje evangélico de que lo personal y la libertad de los hijos tiene precedencia sobre lo general, sobre la abstracción y la organización” (p. 50). La esencia de la Iglesia no está en la disciplina de un regimiento. “Dado que nuestra concepción de la Iglesia es eucarística, se hace presente a nosotros en toda su plenitud en cualquier lugar donde la encontramos, con una libertad que no puede ser forzada, centralizada o uniformada” (p. 50). Es una “anarquía” muy relativa y poco profunda. En lo que es necesario, como en la Eucaristía, “todos somos miembros unos de otros” (p. 51). El peligro de “organizar” la vida espiritual está siempre presente, pero un carisma no puede imponerse.

Las dos primeras partes del libro tratan temas de antropología cristiana y de teología de la Iglesia; siguen otras dos sobre la fe y la oración eclesial, y termina el libro con una sección de escatología. El quehacer teológico es concebido y exaltado como un ministerio espiritual cuyo objetivo no es tanto conocer algo de Dios sino “tener a Dios en uno mismo”. Una cita de san Gregorio de Nisa lo muestra bien: “Si eres teólogo, rezarás de verdad; y si rezas de verdad, eres teólogo”. La ortodoxia “no es una religión de la Palabra en el sentido de la Reforma protestante” (p. 59). Leer la Escritura busca ir más allá de las palabras hacia El que las pronunció, según la doctrina de san Efraín. “La Biblia es un icono verbal de Cristo” (p. 195). Leer la Escritura es conversar con Dios, no es un cierto apego a los vocablos. Los seres humanos son el lugar teológico por excelencia porque la vida humana es teológica en virtud de su propia humanidad. Gregorio de Nisa va del prototipo que es Dios al ser humano que es el tipo. Es una nota sobresaliente que la teología oriental nunca haya formulado

una doctrina sobre el destino último de la humanidad en clara contraposición a la noción agustiniana de predestinación y *massa damnata*. Ni ha acabado en una reducción de la encarnación “a una mera soteriología”. “La encarnación,” escribe Evdokimov observando algo criticado en la teología católica y protestante más reciente, “queda reducida a poco más que un medio técnico de rescate” (p. 69). La noción de que Dios se hubiera hecho hombre aunque el hombre no hubiera pecado ha sido la respuesta oriental al *cur Deus homo*. En sus mejores propuestas, la teología occidental, en mi opinión, ve la última razón de la encarnación no en la humanidad (en razón de un misterioso pecado original que imposible de expiar) sino en el misterio del amor de Dios. La encarnación aparece así “enraizada en su deseo pre-eterno e inefable de hacerse humano y hacer de su humanidad una teofanía, su propia morada” (p. 69). Aquí, el peso de la más antigua tradición patrística es formidable si uno piensa, por ejemplo, en Ireneo, Atanasio, o Máximo el Confesor, y hace incomprensible el notorio rechazo de Tomás de Aquino en sus últimos escritos teológicos. La antropología de la Ortodoxia es así una antropología de deificación, y allí es donde se encuentra el corazón de su espiritualidad. Pero no se despacha así el esfuerzo del asceta. Al contrario, la espiritualidad monástica es normativa para todos en la Iglesia ortodoxa como el camino que va del conocimiento de uno mismo a la compasión divina. Por la misma razón, la experiencia mística resulta más controlada, en un equilibrio perfecto, y curiosamente, sin acompañamiento alguno de extraños fenómenos místicos (al revés precisamente del cuadro típico en la Iglesia Latina). La Cruz para los cristianos orientales es “el Arbol de la Vida en Edén” y uno podría decir que los grandes místicos ortodoxos pueden tomarse el lujo de no llevar estigma alguno.

Las diferencias no son menos claras en algunos puntos o énfasis de la teología de la Iglesia o en lo que se refiere al discurso teológico sobre María como Madre de Dios. La tradición ortodoxa ha preferido mantener la doctrina cristiana en un mínimo de verdades, un sano escepticismo teológico en un jungla de opiniones. La parte más larga del libro es sobre la Iglesia en oración con una introducción a los iconos que resplandece en palabras como éstas: “El mejor icono de Dios es la humanidad” (p. 224). A la atracción por la cruz típica de la Iglesia occidental, también en la expresión artística, la Iglesia oriental parece concentrada en la gloria de Dios; en lugar de la narrativa artística, el arte sagrado oriental es pura presencia. Los iconos son sacramentos de presencia. La liturgia eucarística oriental desconoce o está en contra de la llamada “exposición” del sacramento. Los dones eucarísticos son para ser consumidos, son comunión más que otra cosa. En realidad, es la misma Iglesia la que es el sacramento por excelencia, un “omnisacramento” como le llama Evdokimov. Su presentación de la teología sacramental me ha parecido de gran interés. La unción con el crisma (la confirmación de la Iglesia Romana) hecha en el bautismo es el sacramento del sacerdocio universal de los fieles; la oración del sacerdote o diácono en el rito católico así lo contempla. Tampoco hay distinción mandamientos y consejos (de perfección cristiana). En la Iglesia ortodoxa “sólo hay una espiritualidad para todos, sin distinción alguna, ya se trate de obispos, monjes o laicos, y es una espiritualidad monástica” (p. 287). La exposición sobre “el sacramento de la confesión” señala que

no se trata sólo de quitar el remordimiento y los teólogos ortodoxos no ha gastado mucho esfuerzo en clasificar los pecados haciendo listas de ellos. El penitente cristiano no es más que un mendigo suplicando la salvación. Brilla el sacramento del perdón en su sencillez; y a la proclama del sacerdote de que “las cosas santas son sólo para los santos” el penitente responde con sencillez, humildad y sabia confianza, “¡Sólo Dios es santo!”. La teología del matrimonio recibe también un excelente tratamiento, como merece una visión del amor humano capaz de apropiarse los valores auténticos de la vida monástica, una expresión de la naturaleza verdaderamente humana (no sólo fisiológica) del amor humano. Los cristianos orientales se han ahorrado, como algo insulsa, la pregunta de si es más santo o cristiano el celibato (o virginidad) que el matrimonio. Los dos estados o caminos han sido instituidos por Dios, con el mismo y gran honor, y no hay más que hablar. Uno y otro son las cuestas que ascienden a la misma cima del Monte Tabor como pinta una larga tradición piadosa. Por otra parte, y en justa consecuencia, en la tradición conciliar tienen cánones antiquísimos, y según Evdokimov “innumerables”, que condenan a aquellos que consideran el matrimonio como incompatible con el sacerdocio. El sentido primordial o el fin más elevado del matrimonio en la tradición oriental es el amor conyugal, la plenitud de la unidad entre los esposos, un valor intrínseco y soberano que merece ser llamado *amor magnus*.

Evdokimov no era un optimista sentimental. Aunque católicos, protestantes y ortodoxos aseveren que la unidad es de la misma esencia de lo que significa ser Iglesia, las dificultades son enormes y a menudo parecen insuperables. “Tanto como el *misterio de la unión*, podemos hablar de un *misterio de la desunión* que debe ser trabajado primero” (p. 346). Sólo la auténtica práctica cristiana llevará a la unidad. “Ortodoxos, católicos y protestantes, viajando el camino de la santidad hasta el final que es Cristo, pueden llegar a ser iconos vivos unidos en la *iconostasis* del Templo de Dios, con sus puertas de realeza divina abriéndose al abismo del Padre” (p. 353).

Alvaro Silva

---

TIMOTHY JOHNSON, L. T., *Prophetic Jesus, Prophetic Church. The Challenge of Luke-Acts to Contemporary Christians* (William B. Eerdmans, Grand Rapids, MI 2011). viii + 198 pp. ISBN: 978-0-8028-0390-0

La imperiosa necesidad del espíritu profético en la Iglesia está en el centro de este nuevo libro de Luke Timothy Johnson que es, al mismo tiempo, una lectura de los dos tomos de Lucas, su evangelio y el libro de los Hechos de los Apóstoles. Este